

## EL MANDO A DISTANCIA

Estamos en la sociedad de la comunicación y, sin embargo, asistimos a la época de mayor incomunicación e insolidaridad entre las personas: no conocemos al vecino de escalera, ignoramos la vida del compañero de trabajo, no sabemos si alguien en nuestra familia está en crisis o vive un drama, al inmigrante le vemos como un peligro, al joven inmerso en la droga o al enfermo contagioso le juzgamos y le marginamos todavía más. Responsables, gobernantes... y ¡hasta nosotros mismos!, **vivimos permanentemente “con mando a distancia”**, es decir, sin mezclarnos con los demás, sin bajar a la arena de la vida, sin tocar con los pies en el suelo, sin patear a diario nuestro mundo... Desde lejos -como con un “mando a distancia”- damos soluciones, juzgamos y condenamos. En el fondo está el “miedo a contaminarnos”.

La lepra era una tragedia en la época de Cristo... y antes. La irrupción del SIDA en nuestro tiempo, o la pandemia de la COVID que sufrimos hace poco, nos ayudan a entender hoy esa plaga de ayer. No era sólo -con ser mucho- la realidad de enfermedad grave; suponía, además, una “obligada marginación”. La lepra, considerada enfermedad incurable y un castigo por el pecado, obligaba al enfermo a “*alejarse*” de la vida social, a aislarse, pues era considerado amenaza para la salud física y espiritual. La sociedad se defendía con la “ley de la marginación”. **Marginación** significa “*estar al margen*, fuera, ajeno, excluido de las posibilidades, de las realizaciones, de la vida”. “*Sanar la lepra*”, por tanto, no era sólo curar una enfermedad; “*significaba devolver la dignidad, insertar en la comunión; introducirlo de nuevo en la vida*”.

**¡La vida!** Ese maravilloso don de Dios es siempre el punto de mira de la acción de Jesús. Jesucristo tendió su mano compasiva al leproso, no dudó en “*tocarlo*”, y “*lo rehabilitó*” reintegrándolo a la vida social y religiosa. “*Si quieres, puedes limpiarme*’... *extendió la mano y lo toco diciendo: ¡Quiero, queda limpio!*”. Descubrimos a un Jesús que no “usa” mando a distancia, sino que “*toca*” leprosos, ciegos, cojos, muertos... y “*es tocado*” por la gente. Es Dios mismo, que abraza nuestra vida, acompaña nuestra existencia y sostiene nuestro caminar. Por eso, **un Jesús que no nos hubiera “*tocado*” no habría sido “el Dios encarnado”**.

Los gritos de los que sufren lepra, SIDA..., la inhumana situación de las pateras y las mafias con los inmigrantes, o incluso la enfermedad..., los gritos de todos los que son la voz de los débiles se siguen oyendo hoy. ¿Les hacemos caso? ¿Nos acercamos a ellos o usamos “mando a distancia” contentándonos con pequeñas limosnas y lamentos estériles? San Pablo nos dice: “*seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo*”.

**El mundo necesita dejar a un lado el “mando a distancia” y recuperar la “espiritualidad de la cercanía”**. Es necesario “tocar” el sufrimiento del hombre. Es imprescindible tocar para “curar”, para “cuidar”. **Jesucristo** lo hizo, **el Papa Francisco** lo está haciendo, **la Iglesia** nos invita constantemente a hacerlo.

**La Hospitalidad de Lourdes** (hoy, 11 de febrero, Jornada mundial del enfermo y festividad de Ntra. Sra. de Lourdes) y **Manos Unidas** (hoy es el día grande de su 65 Campaña contra el Hambre) lo están haciendo. **Tú ¿qué respondes?**

Luis Emilio Pascual Molina  
*Capellán de la UCAM*